Año XXII.

# PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

Num. 29.

*QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA*

**A S. M. LA REINA (Q. D. G.)**

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
**En España, Canarias y Portugal.**
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
**Precio de la edicion de lujo.**
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
***No se venden números sueltos.***

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
**En las Américas Españolas**
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
**Precio de la edicion de lujo.**
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
*EDITOR:* **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
**En los demás estados de América.**
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
***Precio de la edicion de lujo.***
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
**No se venden números sueltos.**

**Sumario.** —Explicacion de la hoja de patrones: Chaqueta con chaleco de chal.—Corpiño-blusa escotado.—Talma Lidia.—Manga con lazo de terciopelo.—Trage para niño de 2 á 4 años.—Manga de muselina con bullones.—Paletot para jovencita de 10 á 13 años.—Cuello-corbata.—Corbata de muselina.—Talma Clotilde.—Fichú.—Manga que acompaña al fichú.—Corsé-cinturon.—Manga Emilia.—Las mujeres de nuestro siglo.—*Leandro.*—Viaje de sir Edmundo Broomley.—Crónica de teatro.—Problemas de ajenrez.

## EXPLICACION

DE LA HOJA DE PATRONES.

### Chaqueta con chaleco de chal.

Figuras 1 á 6 (chaqueta) y 7 á 9 (chaleco) del patron.

La moda de las chaquetas se generaliza mas cada dia; se hacen de toda clase de telas, ya iguales á los trages á quienes acompañan, ya de cachemira ó paño de verano; —el chaleco es de piqué blanco para los trages de muselina estampada ó tela ligera, de tafetan para trages de seda ó *de telas de fantasía:* en este caso el chaleco se forra de *florencia.*

Al cortar la chaqueta se pone la tela doble sobre la línea que indica el medio de la espalda, á fin de que esta no tenga costura. Despues de haber unido por un hilvan cada pedazo con su forro, se cosen las nesgas del pecho A con A hasta el punto—B con B hasta la *cruz*, despues se unen todos los pedazos juntando las letras iguales; al hacer la costura del hombro se sostiene un poco la espalda; se *pone un vivo* en el borde de la chaqueta, cuyos delanteros se sostienen tam-

CHAQUETA CON CHALECO DE CHAL.

**Acompaña á este número un suplemento, el cual es una gran hoja de patrones.**

© Biblioteca Nacional de España

bien un poco.—La manga, cortadá por las figuras 4 y 5, se cose tela con tela desde J hasta K,—desde L hasta M; la vuelta (fig. 6) se forra de percalina algo fuerte, se guarnece con un vivo en el borde superior y los transversales, y se cose á la manga (borde inferior), J con J,—L con L: se le fija sobre la costura de delante de la manga, estrella con estrella, por medio de algunos puntos, y tambien sobre el lado abierto. Al poner la manga en la sisa, la M debe encontrarse con la M de la fig. 1. La pasamanería de cairéles se coloca al rededor de la chaqueta y de la vuelta de la manga.

*Chaleco.*—La espalda es ancha y se sujeta al talle por una hebilla, ó bien por una ancha cinta elástica.

Se corta la espalda por la fig. 8, solo en tela de forro (percalina ó nansouk),—los delanteros por la fig. 7,—el chal, ó solapa, por la fig. 9, así en la tela como en el forro. La espalda se cose desde la abertura del cuello hasta la estrella; en los delanteros se hacen las nesgas, cosiendo N con N hasta el punto,—O con O hasta la cruz, se hacen los ojales indicados en el lado derecho, se cosen los botones en el izquierdo, y en las puntas que hay mas abajo de estos, se ponen tres corchetes para unir las dos mitades de estas. Para hacer el cinturon de hebilla se preparan dos pedazos semejantes á los de la fig. 8; se pone la hebilla en uno de los lados estrechos, y se cose cada uno de los pedazos en la costura del costado que une el delantero con la espalda desde P hasta Q. En el hombro se cose la espalda al delantero desde R hasta S: se hace un dobladillo en los bordes de arriba y de abajo de la espalda, se guarnecen los delanteros con ballenas, y un vivo que se pone tambien al rededor de la sisa. El chal, ó solapa, tiene una costura en el medio por detrás: en este sitio la tela se toma al sesgo; el borde se guarnece con un vivo, despues el chal se reune al chaleco T con T,—U con U, y se sostiene un poco el delantero desde una cruz á la otra. La faltriquerita está abierta y puesta en el sitio señalado por una línea doble: su abertura debe estar entre las dos líneas de la fig. 7.

### Corpiño-blusa escotado.

Figuras 28 á 32 del patron.

Este modelo conviene á las señoritas muy jóvenes. La muceta, mas ó menos alta, y el puño de las mangas cortas se adornan con bordados de realce, á punto ruso, á punto-cadeneta, ó bien con trencilla. Nuestro modelo ofrece un bordado ejecutado al feston y á punto de espina en negro y violeta.

No podemos publicar hoy el patron del corpiño por falta de lugar en la hoja para el dibujo del bordado.

La muceta es doble, así como las mangas y el delantero; se le corta de un solo pedazo, poniendo la tela doble y al hilo sobre la línea que indica el medio de cada figura. En la espalda (fig. 30) se deja hácia el borde la tela necesaria para un dobladillo de tres cuartos de centímetro, otro tanto se deja en ámbos lados largos del puño (fig. 32). —El delantero de la blusa se frunce por arriba desde P hasta Q,—la espalda desde U hasta V: en seguida se une el delantero á la muceta desde P hasta Q, distribuyendo igualmente los fruncidos; desde Q hasta R la costura es lisa, sin fruncidos, despues se continúa cosiendo la muceta (figura 28) sobre los fruncidos, ya distribuidos, U con U hasta V con V. En los bordes de arriba y de abajo de la muceta se pone una tira al sesgo que tenga 3/4 de

CORPIÑO-BLUSA ESCOTADO.

centímetro de ancho, en el lado de encima, la muceta se adorna con una costura en cruz, ejecutada con torzal negro de seda. Las dos partes del corpiño se reunen debajo del brazo desde S hasta T, despues se hace un dobladillo todo al rededor del borde de abajo; al mismo tiempo se pone una jareta, indicada por una línea de puntos en las figuras 29 y 30.

La manga (fig. 31) se frunce en su borde inferior y se reune al puño X con X,—estrella con estrella: sobre cada dobladillo del puño se hace una costura en cruz con seda negra; se cose luego la manga tela con tela desde W hasta Y;— se frunce el borde superior por cada lado, comenzando por el centro, hasta la cruz, y se pone la manga en la sisa, W sobre W de la fig. 29: la manga no tiene fruncidos por cada lado de la costura, desde W hasta la cruz.

### Talma Lidia.

Nuestro modelo, hecho en batista de lana, color *tierra de Egipto*, va adornado con trencilla negra y botones gruesos de forma de aceituna.

El patron es igual al de la talma Clotilde, que se halla en la hoja adjunta al presente número.

### Manga con lazo de terciopelo.

Figuras 11 á 14 del patron.

La disposicion de esta manga no está conforme con las leyes de la simetría, y vamos á explicarla lo mejor que nos sea posible.

Para cortar el pedazo principal (fig. 11) se le completa con el costadillo doblado; se pone la tela al hilo sobre la línea que indica el medio; se deja en el borde superior la tela necesaria para un dobladillo de centímetro y medio, y tambien todo al rededor para las costuras; para estas se deja asimismo la muselina necesaria en las figuras 12, 13 y 14. Se fruncen los dos lados de afuera de la fig. 11, desde *b* hasta *c*, —desde *d* hasta *e*,—desde *f* hasta *g*: se frunce del mismo modo la fig. 12 (bullon añadido), y se pone esta figura desde *d* hasta *e*,—desde *e* hasta *f*, —desde *f* hasta *g*; al mismo tiempo se estiran los fruncidos entre *d* y *e* hasta una longitud de 20 centímetros. Desde *e* hasta *f* el bullon solo se frunce un poco, mientras que el pedazo principal permanece liso. Se cose toda la manga desde *a* hasta *c*, y se estiran los fruncidos entre *b* y *c* hasta una longitud de 12 centímetros. Lo bajo de la manga está sujeto en un puño (fig. 13) cubierto por dos bullones, y cosido en los lados transversales desde *e* hasta *f*. Con arreglo á la figura 14 se corta el doble bullon, se le frunce á lo largo por ámbos lados, se echa un dobladillo en los lados transversales, se los frunce tambien desde el punto hasta la cruz, en la direccion de la línea de puntos; se le pone en el puño, juntando las letras, se reparten igualmente los fruncidos, se une en seguida el puño á la manga *e* con *e*,—*h* con *h*.—La manga se ha estirado hasta darle el ancho del puño; dos lazos de terciopelo, de 2 centímetros de ancho, se colocan como el dibujo indica.

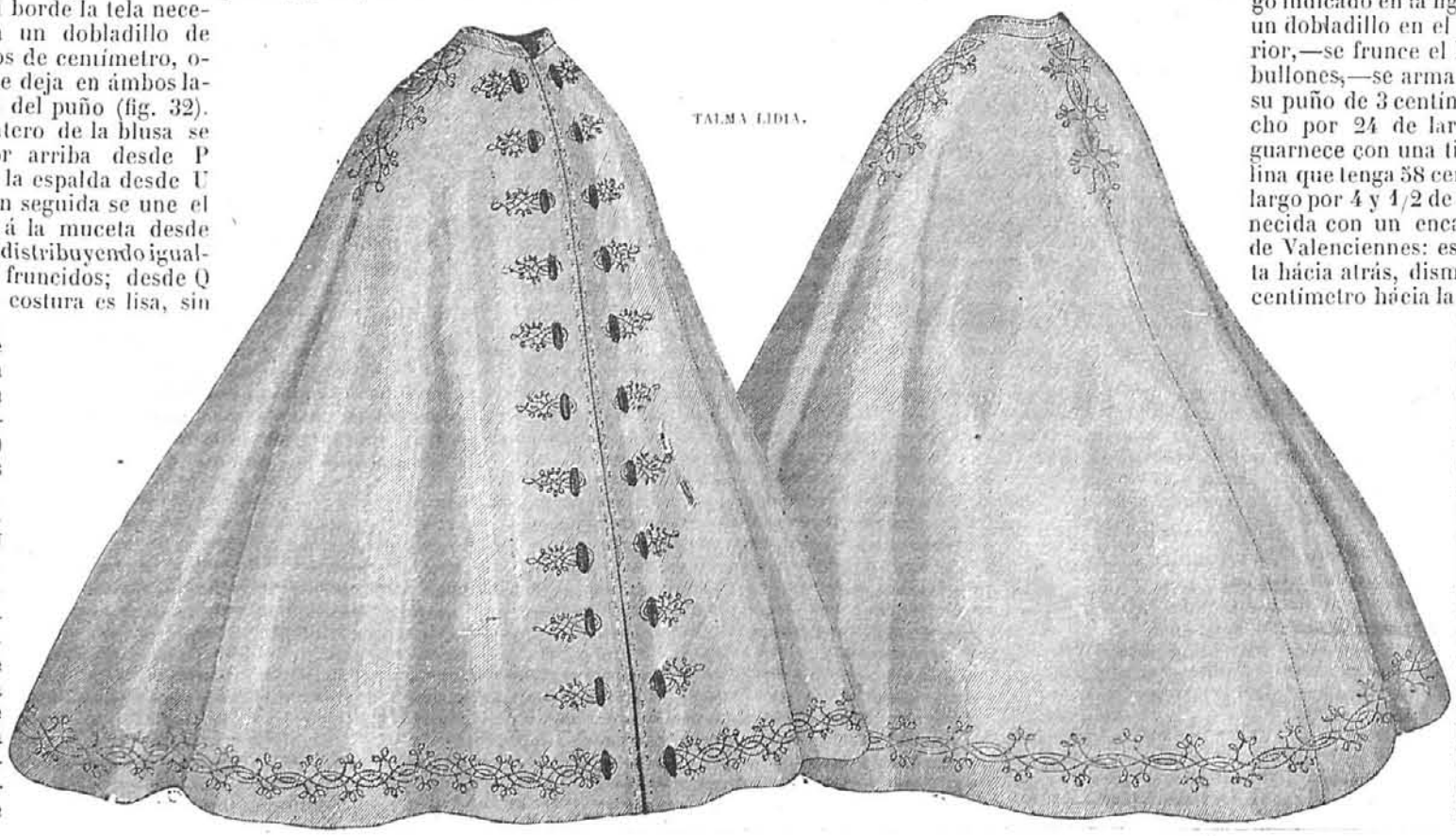
### Trage para niño de 2 á 4 años.

Este vestido se hace de popelina azul Luisa, y se adorna con trencilla blanca y botones de cascabel: el corpiño va rodeado de *patas* cosidas al mismo tiempo que los pliegues de la enagua; un vivo blanco rodea el corpiño escotado, la manga se guarnece al rededor de la sisa con un rizado de tafetan blanco adornado con cascabelillos.

### Manga de muselina con bullones.

Figura 10 del patron.

La manga se hace de un solo pedazo, tiene bullones hasta sus dos tercios; la fig. 10 representa la mitad de ella: al cortarla se coloca la tela al hilo sobre la línea que indica el medio, y se deja la muselina necesaria para hacer en el borde superior, un dobladillo de un centímetro. Se preparan en seguida los bullones, cuyo principio se indica por líneas finas: cada una de estas líneas fruncidas debe terminarse en la cifra correspondiente de las estrellas de la línea de puntos de la fig. 10: las cifras indican el largo que debe tener cada línea fruncida cuando se estreche. Hechos los fruncidos, se toma un pedazo de hilo fuerte, y por el revés se atraviesan de nuevo estos para darles mayor solidez. Ha de haber doce bullones al rededor de la manga: esta se cose desde V hasta W, despues se la estira desde la línea de puntos hasta W, dejándole el largo indicado en la fig. 10; se echa un dobladillo en el borde superior,—se frunce el borde de los bullones,—se arma la manga en su puño de 3 centímetros de ancho por 24 de largo, y se le guarnece con una tira de muselina que tenga 58 centímetros de largo por 4 y 1/2 de ancho, guarnecida con un encage estrecho de Valenciennes: esta tira, vuelta hácia atrás, disminuye en un centímetro hácia la costura, que debe hallarse sobre la del puño y sobre la de la manga.—Esta tira se cose en el borde del puño, al mismo tiempo que un encage un poco fruncido que tenga centímetro y medio de ancho y que figura la cabeza de la guarnicion: los pliegues se ase-



TALMA LIDIA.

© Biblioteca Nacional de España

guran pasando por ellos una hebra de hilo.

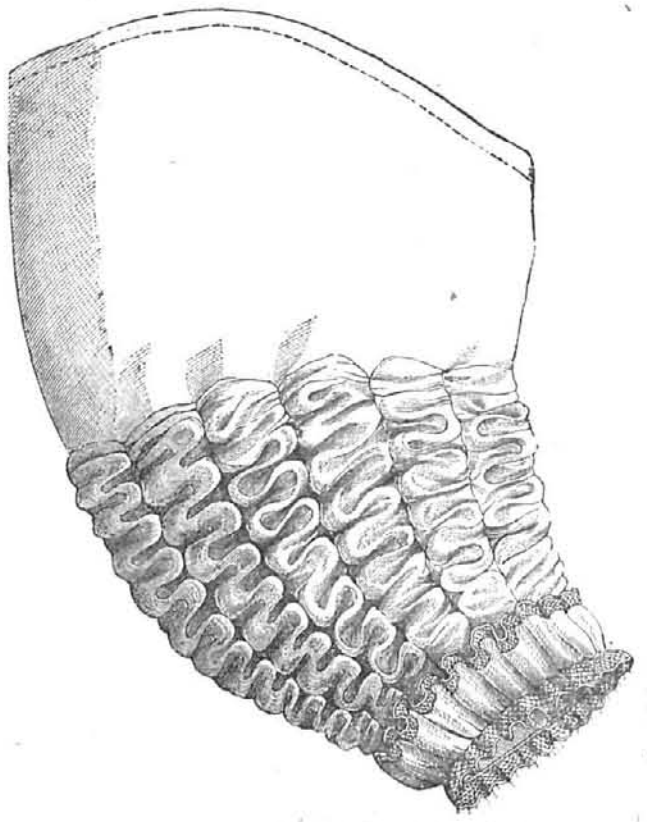
### Paletot para jovencita de 10 á 13 años.

El borde del paletot, de las mangas y de las faltriqueras se recorta en forma de dientes, bajo los cuales se halla un volante de tafetan de color que corte bien, formando encañonado entre los dientes. La abertura del cuello se orilla con un cuellecito recto. Nuestro modelo se hace de tela de lana color crudo: el volante es de tafetan verde inglés, los botones van cubiertos de tafetan verde.

### Cuello-corbata.

Figura 43 del patron.

El cuello *batelera*, cubierto por delante con un gran lazo de muselina, se arma sobre una tirilla recta, que se cose, ya sea á una camiseta, ya á la abertura del cuello de un corpiño. La fig. 43 es la mitad del cuello, que se compone de una tira de mansouk recta, cosida al sesgo, teniendo de un extremo á otro 36 centímetros de largo. El dibujo de la greca se borda de realce. La tirilla tiene un centímetro de ancho por 38 de largo, se le pone un boton y se le hace un ojal. Se rodea el cuello con un encage de Valenciennes de centímetro y medio de ancho, ligeramente fruncido. El lazo se compone de una tira de muselina de 9 centímetros y 1/2 de ancho por 44 de largo, con un dobladillo estrecho por cada lado: en sus extremos, la tira se aumenta con cuatro entredoses, alternativamente bordados y de Valenciennes, cosidos unos á otros: el último (bordado) termina en un encage Valenciennes fruncido, que tenga 3 centímetros de ancho. En cada lado largo de las tiras se cose un encage de 1 centímetro de ancho, puesto plano.



MANGA EN MUSELINA CON BULLONES.

### Corbata de muselina.

Figura 44 del patron.

La tira del cuello y el lazo están separados de tal modo que el último puede acompañar á cualquier cuello.

La fig. 44 es el patron de uno de los cabos del lazo: tienen un dobladillo estrecho, y su guarnicion, que forma ondas, se hace con un encage de Valenciennes de 4 centímetros y 1/2 de ancho: se necesitan 60 centímetros del mismo para cada cabo: se le frunce y se le cose sobre la línea de puntos de la fig. 44. El extremo superior de este encage se cose liso al borde de los cabos de muselina, mientras que el inferior flota libremente. Se forma un pliegue en el lado de arriba poniendo la cruz sobre el punto. El lazo se hace con dos pedazos de muselina de 14 centímetros de largo por 6 de ancho, con dobladillos por ámbos lados, dispuestos en dos hojas sujetas por una traviesa tambien de muselina; la tira del cuello es de muselina y del mismo ancho que los cabos: se la guarnece con botones y ojales.

TRAGE PARA NIÑO DE 2 A 4 AÑOS.

### Talma Clotilde.

Figura 22 del patron.

La talma, mas ó menos larga, segun se quiera, es el vestido mas generalmente adoptado para todas las edades, toda clase de trages y todas las telas.—Nuestro modelo es de cachemira color de cuero, con adornos de trencilla negra y guarnicion de guipur. Para señoritas, la guarnicion es de cintas de tafetan; la primera de estas guarniciones rodea el *borde de la talma, la segunda va colocada á 2 centímetros* de distancia.

La fig. 22 representa la mitad de la talma, que puede hacerse mayor si se quiere; la figura tiene un lado doblado, la tela se pone al hilo sobre la costura de detrás. La nesga del hombro se cose A con A hasta B, á punto atrás; la abertura del cuello lleva un vivo.

### Fichú.

Figuras 15 y 16 del patron.

Dos dibujos se consagran á este fichú; la forma de chal que tiene por delante se repite detrás por la guarnicion, que está puesta sobre los hombros y rodea una punta á cuadritos. Nuestro modelo es todo de tul de algodon blanco: se cortan dos pedazos con arreglo á la fig. 15, y se los guarnece con un entredos de encage, cosiendo el fondo de *tul de tal manera que se le pueda cortar por debajo* del encage; despues de este encage queda una tira de tul de 2 centímetros poco mas ó menos, sobre la que se ponen los rizados de tul que rodean el entredos. Se cosen una á otra las dos partes del fichú, dispuestas con arreglo á la fig. 15; se las cose por detrás, en la punta, desde K hasta L, despues se prepara la espalda. La fig. 16 representa la mitad de ésta; se la corta de un solo pedazo, y se la guarnece con el entredos. Los rizados, cuya disposicion indica el dibujo, se hacen con tiras de tul de 2 centímetros de ancho, orilladas de terciopelo negro *cero*, ó bien de color vivo: la costura que sujeta los rizados al fichú se cubre con el mismo terciopelo, los rizados se encanutan con la media caña. El fichú se guarnece con un encage de 7 centímetros y 1/2 de ancho: se necesitan de él 2 metros y 60 centímetros. Un lazo hecho con una cinta de 7 centímetros y 1/2 de ancho termina el fichú por delante.

PALETOT PARA JOVENCITA DE 10 A 13 AÑOS.

### Manga que acompaña al fichú.

Figuras 17 á 19 del patron.

Se cortan las dos partes de la manga sobre la figura 17, calculando al mismo tiempo el sitio que ocupará el entredos, desde *u* hasta *o*,—desde *o* hasta *p*. Despues de haber rodeado estos pedazos con el entredos, se los reune con el bullon, cortado doble en ancho por la fig. 18. Se frunce este bullon por uno y otro lado, desde *n* hasta *o*; despues dividiendo igualmente los fruncidos, se cose este bullon á los dos pedazos de la manga desde *p* hasta *q*; se arma lo alto de la manga sobre una tira, que representa la fig. 19 en ancho y largo, y que debe encontrarse *q*, *n*, y *r* con las mismas letras de la manga, se frunce el borde inferior del bullon desde *o*, se estrechan los fruncidos hasta dejarles 7 centímetros y 1/2, y se pone en este sitio, como en el medio del bullon, una presilla hecha de cinta, que tenga 2 centímetros y 1/2 de ancho. Dos puntos marcan en la fig. 17 el sitio de estas presillas: la de abajo tiene 9 centímetros de largo, y la del medio 14. En cada presilla se pone un lazo de la misma cinta.

MANGA CON LAZO DE TERCIOPELO.

### Corsé-cinturon.

Figuras 35 á 42 del patron.

Al cortarlo, es menester observar las precauciones siguientes: la direccion del hilo se indica en el delantero (fig. 35) y en el costadillo de delante (fig. 36) por tres líneas compuestas de rayitas. Cada costadillo de detrás (fig. 38) y la espalda (fig. 41) se cortan al hilo. En los bordes de los lados de la espalda se dejan de mas 3 centímetros para los ojetes y ballenas; además, por todas partes se deja la tela necesaria para las costuras, y siempre mas bien mas que menos; esta precaucion es indispensable, puesto que las ballenas han de correr por las costuras. Las nesgas del pecho (fig. 37) y las de las caderas (fig. 42) se cortan al sesgo; las otras nesgas (fig. 30 y 40) al hilo. Se reunen las diversas partes del corpiño juntando las letras iguales, y haciendo costuras pespunteadas al derecho sobre las del patron; en la tela que queda de mas en estas se hace un dobladillo por el revés. El borde de cada delantero *se guarnece con una cinta de hilo para recibir* la varilla mecánica; en la fig. 36 se hacen las nesgas indicadas por líneas de puntos, ejecutando por el derecho las costuras pespunteadas. El borde de la espalda se guarnece con ballenas y ojetes. En el medio del costadillo (fig. 38) se pone una cinta de *hilo para colocar una ballena*; las demás van en

© Biblioteca Nacional de España

las costuras mismas. A cada lado de la nesga del pecho se ponen ballenas muy delgadas.

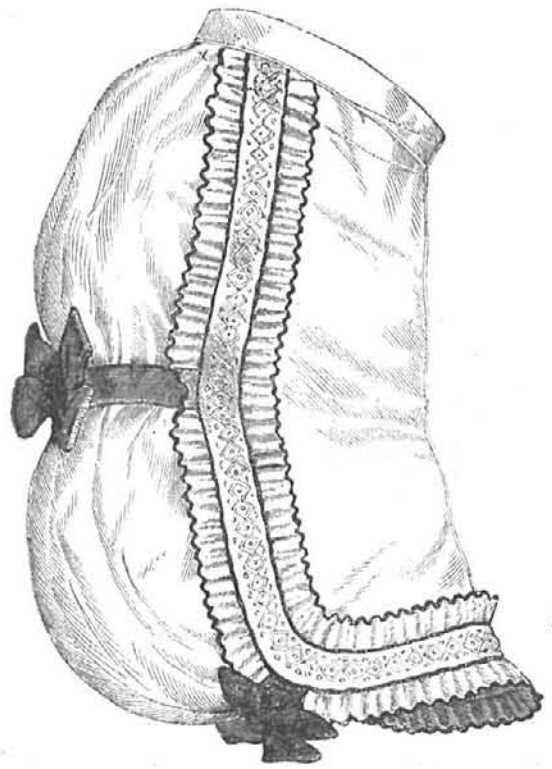
Se ribetea el corsé con una cinta de hilo, se coloca en el borde superior una guarnicion bordada; el extremo de cada ballena se asegura por algunos puntos largos, hechos con hilo con seda blanca.

### Manga Emilia.

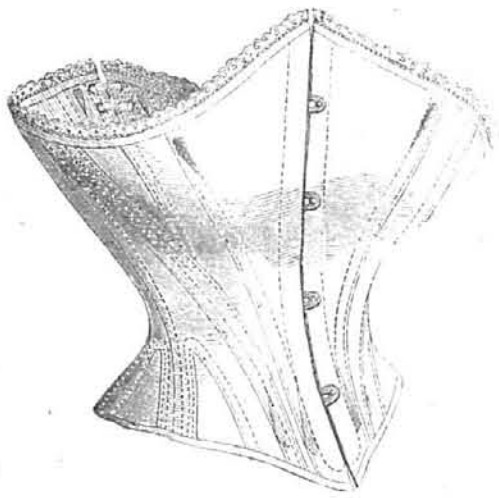
Figuras 33 y 34 del patron.

Se reunen las figuras 33 (cara superior) y 34 (cara inferior) cosiéndolas una á otra *a* con *a*, hasta *b* con *b*. En la fig. 33 se forman cinco pliegues, colocando cada cruz sobre un punto. Los bordes destinados á recibir los botones se guarnecen con un vivo, que sirve tambien para sostener un poco cada parte de la manga. Los botones de tafetan, pasamaneria ó metal, se sitúan como lo indica el patron. Debajo de cada boton se coloca un asa de cordon, de modo que para reunir los dos lados de la manga se cruzan estas asas desde un boton hasta el opuesto.

En el borde inferior de la manga se pone un rizado á la vieja, que debe terminar por debajo de aquella en la letra *d*. La manga, en el lado superior, debe encontrarse *e* con *e*; en ella se hacen dos pliegues profundos, colocando la cruz 1 sobre el punto 1,—la cruz 2 sobre el punto 2 (véase la fig. 34). Al armar la manga en la sisa, la costura debe hallarse mas adelante de la del costado del corpiño á una distancia de 9 á 10 centímetros.



MANGA QUE ACOMPAÑA AL FICHÚ.



CORSÉ-CINTURON.

sa: luego vendrá lo demás.

Vivimos en el Fabourg-Saint-Honoré, barrio aristocrático por excelencia, y ocupamos un soberbio palacio dorado, magnífico, suntuoso.

En él soy la soberana.

Ah! Qué valen las casucas de Madrid, sus calles, su sociedad, sus teatros, todo, en fin, lo que contiene, comparado con este esplendor que ofusca la vista y sorprende el ánimo!

¿Has oido decir tú, por ventura, que ya no hay salones en Paris? ¿Que ya solo se pintan por los grandes maestros cuadros pequeños, porque van desapareciendo las habitaciones espaciosas?

Pues ríete de eso cuando lo oigas: en el salon de casa pueden reunirse, con la mayor comodidad, cuatrocientas personas, segun dice el Duque, mi padre.

Dicho salon es dorado.... pero ¡Dios mio! ¿Por dónde empezaré? Tengo que dividir esta carta en tres partes. Debo describirte una casa: el arreglo y servidumbre de ella y mi método de vida; y esto

CUELLO-CORBATA.

piedra, que contienen arbustos olorosos.

La portería, situada á la derecha, es mejor, mucho mejor, mas cómoda y espaciosa que el cuarto que tú habitas: nuestro portero exterior se dá mas importancia que algunos caballeros, amigos antiguos de tu padre, que yo he visto en tu casa.

Al otro lado hay una sala enorme, cerrada, como la portería, con puertas de cristales, que sirve para que se esperen las personas que vienen á traer recados á nuestros criados, cartas para mi papá, ó ramilletes para mí.

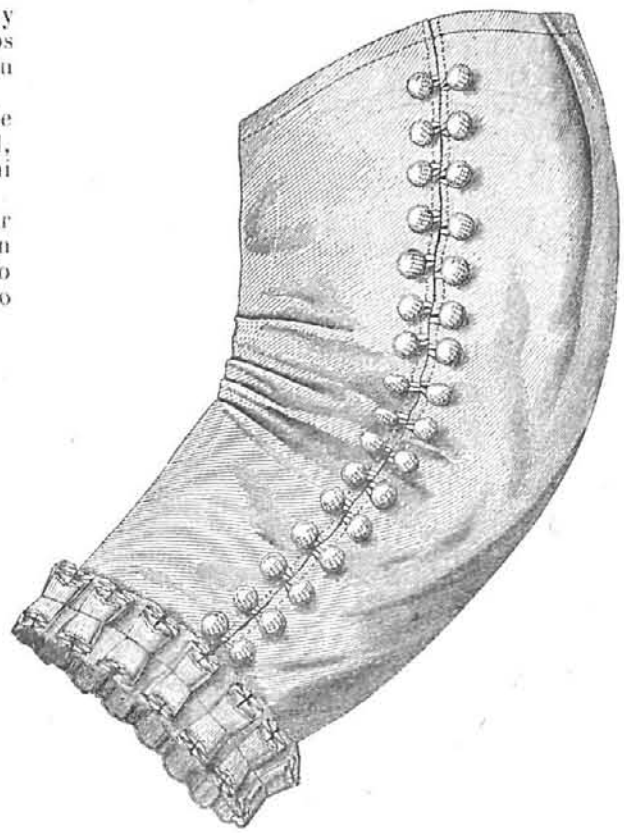
Al fondo del gran patio hay una escalera anchísima y decorada con soberbias estátuas: está cubierta de una alfombra elegante, de colores vivos, casi igual á la que cubre la escalera principal del palacio de las Tullerías: la de mi casa es de mármol, su balaustrada de bronce y está alumbrada toda ella con grandes candelabros.

Remata en un ancho vestíbulo, alfombrado tambien, y desde allí se pasa á las habitaciones.

Las de mi papá son ostentosas: se componen de dos salones, una sala de recibo, un gabinete particular, una galería de pinturas, un dormitorio y las piezas de baño y tocador, sin contar con las que ocupa su secretario, inmediatas á las suyas.

Yo tengo un salon, una sala de estudio y de labor, un dormitorio, un gabinete para recibir á mis amigas y el gabinete de tocador, dentro del cual está el de baño.

Por mi salon se pasa á la habitacion de mi aya,



MANGA EMILIA.

## LAS MUJERES DE NUESTRO SIGLO.

### CARTAS DE TRES AMIGAS

RECOPILADAS

POR

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

(Véase el número 25.)

III.

LAURA DE GIRON Y TORREFIEL Á IRENE DE MONTALVAN.

*Paris* y Octubre de 18...

¡Paréceme imposible, querida Irene, que hayas podido vivir en un lugarejo de sesenta vecinos cerca de cinco meses! Y un lugar de España, y sobre todo, de Aragon, la provincia mas inculta, mas atroz, mas bárbara del mundo! Así, á lo menos, lo asegura mi padre, el general Duque de Torrefiel que te saluda desde esta ciudad de oro y rosa.

Hace tres meses que he llegado á ella, y bien puedo decirte que todo este tiempo ha pasado para mí como un delicioso sueño.

Aquí cada hora es un deleite: apenas me levanto, me parece que ya ha anochecido: tal es la rapidez con que el tiempo vuela cuando una es feliz.

Te voy á contar todo lo que hago, hoy que aunque poco, tengo tiempo, porque el *idem* está lluvioso.

Pero no: mejor será que te describa de qué manera ha montado el Duque, mi padre, nuestra casa: luego vendrá lo demás.

CORBATA DE MUSELINA.

me hará llenar seis ú ocho pliegos cuando tengo tan poco tiempo de que disponer!

En fin, haré otra cosa: te escribiré en tres veces; esto es, tres cartas y así lo haré con mas descanso y claridad.

Esta tiene solo por objeto describirte mi palacio.

Escucha con atencion para que me comprendas bien, pues no estando tú acostumbrada á magnificencias, vas á aturdirte mas de lo que supones.

El palacio tiene un patio inmenso, alumbrado por reverberos y rodeado de grandes macetas de

que es tambien espaciosa y linda: consta de cuatro piezas que dan al jardin.

Acabo la descripcion de mi casa antes de lo que habia pensado: ¿para qué te he de describir lo que hay en cada habitacion? Figúrate todo lo mas rico y suntuoso que te puedas imaginar y siempre te quedarás muy atrás de lo positivo.

Pero no quiero cerrar esta, aunque me canso de escribir, sin hablarte de mi aya: es una jóven de veinticinco años, viuda y hermosa como una hada: á pesar de tener yo solo trece, mas parecemos dos amigas que una institutriz y su educanda: se llama Cintia: ¿no es verdad que es un nombre encantador? Luego es tan elegante! Cada mañana pasa cuatro horas en su tocador y eso que se levanta á las doce! Así es que está vestida justamente para la hora de comer; si vieras cómo se presenta! Cuando se levanta es bonita; pero cuando ha concluido su *toilette* es una divinidad? Se pinta con una maestría! Tiene pinceles para los labios, para las cejas, para las pestañas. Tiene polvos para hacer mas brillante su copioso cabello rubio; y nada puedes imaginarte mas seductor que sus ojos azules rodeados de pestañas y coronados por cejas de azabache, haciendo un contraste arrebatador con sus bucles dorados y vaporosos.

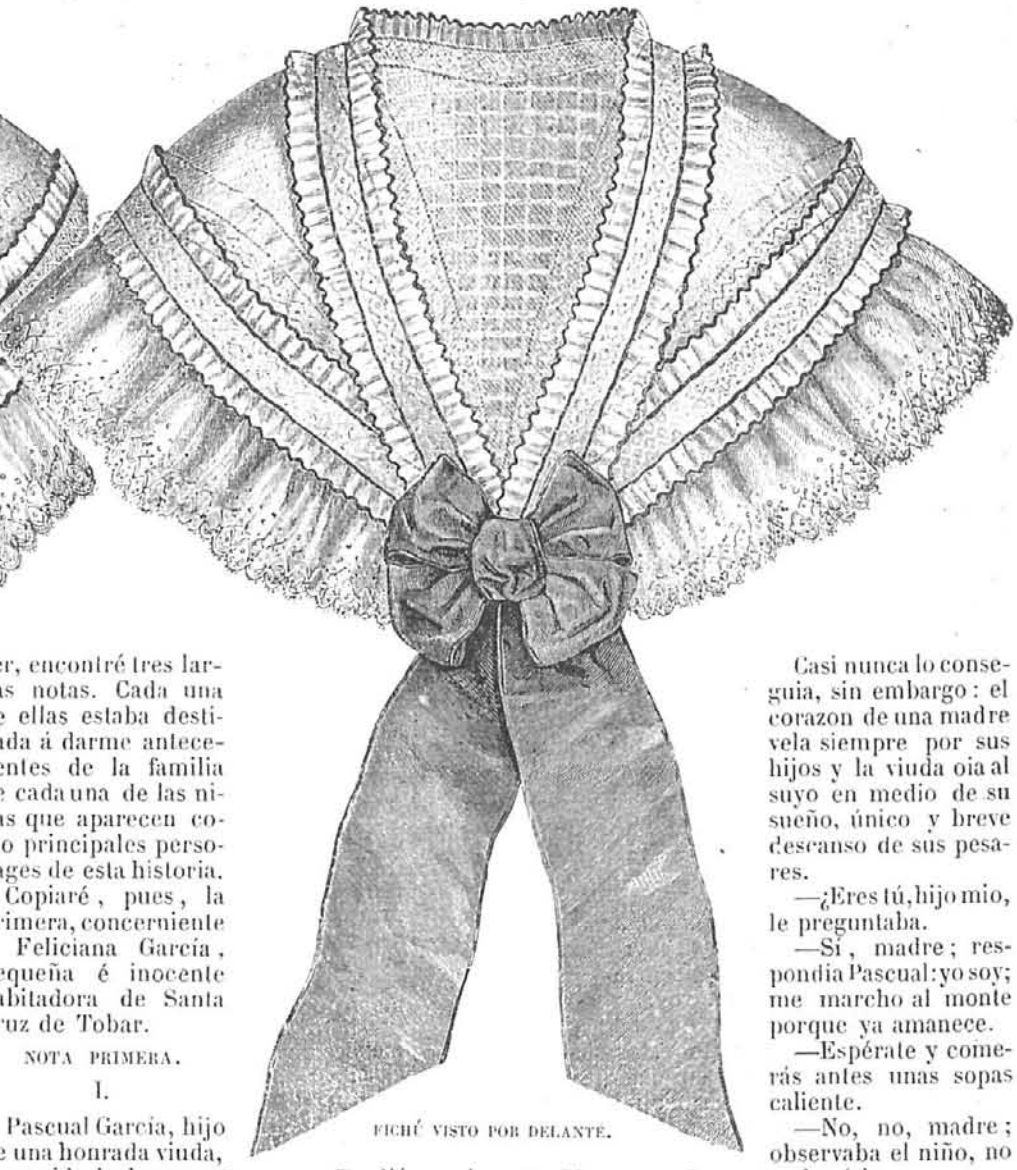
Parece una estátua de nieve y rosa.

Además, es alta, esbelta, torneada, con manos de nácar y un cuello como un cisne, y se viste con un lujo deslumbrador.

Usa encages y diamantes que mi papá le regala en recompensa de lo mucho que me quiere.

© Biblioteca Nacional de España

FICHÚ VISTO POR DETRAS.



FICHÚ VISTO POR DELANTE.

Yo, sin embargo, soy mas bonita que ella: aquí hay muchas rubias, pero muy pocas que tengan mi cabello negro y sedoso.

Hay muchas con ojos azules, pero muy pocas con ojos negros como los mios.

Hay muchas con tez de nieve como la de Cintia, pero pocas morenas como yo.

Todos admiran la pequeñez de mi pié y la gracia elástica de mi talle: así lo repiten sin cesar los convidados á la mesa de mi padre, que son muchos y no todos habian de mentir.

Amo á mi papá, porque vale menos que yo: si fuera mas bonita, rogaria á mi padre que buscara otra mas fea y de mas edad que Cintia.

Dejo de escribir, querida Irene, porque me fatigo ya; me acosté casi de dia en atencion á que hubo gente á cenar,—mi padre conserva las costumbres españolas en todo lo que es ostentoso—y además, ahora me acuerdo de que esta noche voy al teatro de la Grande Opera con Cintia y una amiga suya.

Adios, amada Irene; jamás te olvido y me acuerdo de tí con tanto placer como recuerdo con fastidio el colegio donde íbamos juntas: ¿sigues aun yendo á él? Si es así, ¡ay, pobre amiga mia! Mucho te compadezco!

Eres tan buena, tan dulce, tan hermosa, tan santa, que te quisiera tener á mi lado para siempre y de tí no tendria envidia, como la tendria de mi aya si la alabasen mas que á mí.

¿Y sabes por qué?

Porque á ella le pago, y á tí te tendria que estar agradecida por tu adorable compañía y tu tierna amistad.

Adios otra vez, y recibe en un beso todo el cariño de tu eternamente fiel

LAURA DE GIRON.

IV.

*Habla y copia la compiladora de este libro.*

Despues de las tres cartas que acabo de dar á conocer, encontré tres largas notas. Cada una de ellas estaba destinada á darme antecedentes de la familia de cada una de las niñas que aparecen como principales personages de esta historia.

Copiaré, pues, la primera, concerniente á Feliciana García, pequeña é inocente habitadora de Santa Cruz de Tobar.

NOTA PRIMERA.

I.

Pascual García, hijo de una honrada viuda, habia sido toda su vida leal y pundonoroso. Perdió á su padre cuando apenas contaba ocho años y aun en tan tierna edad comprendió que era su deber consolar y ayudar á su buena madre.

Era de ver cómo se levantaba á la aurora y se iba á los montes situados á la espalda de su aldea con una esportilla al hombro, que llenaba de leña: algunas veces acababa pronto su tarea: otras, el pobre niño trabajaba hasta la noche, sin mas alimento que un pedazo de pan duro y negro que se llevaba en el bolsillo de su pantalon, remendado ya en mil partes y que, sin embargo, no podia resistir á los estragos del tiempo.

En invierno, sobre todo, sufria mucho: se levantaba de noche del duro gergon en que dormia á los piés de la cama de su madre y cogiendo su esportilla salia á tientas de su mísera habitacion, haciendo el menor ruido posible para no despertarla.

Casi nunca lo conseguia, sin embargo: el corazon de una madre vela siempre por sus hijos y la viuda oia al suyo en medio de su sueño, único y breve descanso de sus pesares.

—¿Eres tú, hijo mio, le preguntaba.

—Sí, madre; respondia Pascual: yo soy; me marcho al monte porque ya amanece.

—Espérate y comerás antes unas sopas calientes.

—No, no, madre; observaba el niño, no se levante V. porque hace mucho frio.

—¿Y para tí no lo hace, hijo de mi alma?

—Tambien, madre; pero *yo soy hombre*.

La madre se sonreia á través de sus lágrimas al oir esta jactancia inocente: ¿qué madre no sonrie al oir las gracias de su hijo? Pascual continuaba:

—Madre, las sopas para V. que pasa todo el dia hilando: yo llevo mi pan y me voy al instante, antes de que lleguen otros muchachos menos perezosos á llevarse lo que dejan los leñadores.

Y sin detenerse mas, salia descalzo y casi desnudo á soportar la cruda helada de las madrugadas de Diciembre ó de Enero.

¡Oh, niños opulentos! ¡Niños dichosos que debeis á Dios un tranquilo bienestar! Dad todos los dias gracias á ese Dios Todopoderoso que os lo ha otorgado! Y creed que es muy meritorio á sus ojos el que os priveis de alguno de vuestros caprichos para socorrer al pobrecito de vuestra edad que de todo carece en el mundo.

Pascual iba, en efecto, á recoger las pequeñas astillas que los leñadores de los pueblos inmediatos dejaban caer: cuando acababa de llenar su esportilla, se situaba en la plaza del pueblo, muchas veces casi de noche: regularmente le compraba su *hacienda*—así la llamaba él— la hermana del señor cura, buena y carita-

TALMA-CLOTILDE.

© Biblioteca Nacional de España

tiva anciana que iba cada dia á darle algunos cuartos para que aliviase á su madre.

El pobre niño llevaba la leña á casa del señor cura, la dejaba en un rinconcito de la cocina, recibia los cuartos en su manecita helada, é iba al instante á llevárselos á su madre.

II.

Un dia cayó malo el señor cura y el pobre Pascual esperó en vano á que llegase su hermana.

Nadie mas podia necesitar la leña, porque en el pueblo todos la tenian en su casa y eran, en su mayor parte, pobres, excepto el señor Marcial, alcalde y el vecino mejor acomodado.

El señor Marcial tenia muchos hijos, un genio muy malo, y una mujer sorda; pero Pascual se acordó de que, entre la numerosa prole del alcalde, habia una niña llamada Teresa, de su edad, buena y dulce como el zumo que él chupaba de las flautillas que se hacia con las cañitas verdes y tiernas.

Y bien sabia el pobre Pascualillo á qué sabia el zumo de las cañas, porque muchos dias, acabado su pedacito de pan negro, aquel habia sido el entretenimiento de su hambre de niño y de trabajador.

Cojó su esportilla y fuese en aquella triste noche de Diciembre á buscar á Teresita.

Pero oyó la voz del alcalde en la cocina, situada en el patio, y se asustó, quedándose en la calle sin saber qué hacer y con su esportilla al hombro.

En esto oyó una dulce vocecita que cantaba, con el acento del rezo humilde y fervoroso, esta coplilla tan tierna é inocente:

Virgen Santísima,
Vuestra esclava soy:
Con vuestra licencia
A dormir me voy.

¿Quién habrá compuesto estos sencillos versos que las madres cristianas enseñan á sus hijos?

Ni lo sabe quien esto escribe, ni Pascual tampoco; pero resonaron en su corazon como un canto de esperanza y abrió los ojos hácia una angosta ventanita en la que se veia luz.

En seguida, como respondiendo á su mirada, que era una muda invocacion, asomó una cabecita rubia y alumbró un rayo de luna, deslizándose por entre los árboles sin ramas, su rostro blanco é infantil.

Luego, dos pequeñas manos sacudieron una mantilla de lana de un niño.

Pascual reconoció la cabeza y dijo á media voz:

—¡Teresa!

—¡Ah, Pascual! ¿Eres tú? preguntó la niña sin susto y sin admirarse: ¿me traes algun nido? Entra en la cocina que allí está mi padre: yo bajaré tan pronto como acabe de acostar á mis hermanitos.

(*Se continuará.*)

# LEANDRO.

(Continuacion.)

III.

Apenas habia concluido cuando sintió que las manos de Blanca se crispaban en las suyas, y luego se ponian frias como el mármol: su corazon habia cesado de latir; el movimiento se habia retirado de aquel cuerpo inmóvil y helado.

Desesperado, fuera de si, Leandro rodeó á Blanca con sus dos brazos y la cubrió de besos para reanimarla. Poco á poco fué recobrando calor. Bajo los ardientes abrazos del artista se levantó, como se levanta una tierna planta bajo los rayos del sol.

Pero al punto se acordó de que Leandro no era ya su hermano, y con ese sentimiento de pudor tan delicado y tan vivo se alejó instintivamente de él y su mano se separó de la suya. Luego cubriéndose los ojos con las manos para ocultar sus lágrimas, cayó de rodillas.

El primer pensamiento, la primera plegaria de la huérfana fué para su madre y para su padre.

—¡Madre mia! ¡Padre mio! ¡pobre padre mio! exclamó, perdonadle; pues mucho me ha debido amar y muy desgraciado ha debido ser para abandonarme. ¿No es verdad, Leandro, que me amaba mucho? añadió como para excusar á su padre. ¿No es verdad que ha debido sufrir mucho para separarse de mi, y que Dios le habrá perdonado?... Responde...

El nombre de hermano que iba á pronunciar y que espiró en sus labios, la recordó su posicion que la memoria de su padre la habia hecho olvidar, y echó á llorar amargamente.

—¡Sola en el mundo! exclamó; ¡sola!

—Como yo, se apresuró á responder Leandro, esperando aliviarla diciéndola que la misma desgracia les habia herido.

—¡Huérfana!

—Como yo, Blanca.

—Sin familia...

—Como yo tambien.

—Abandonada...

—Lo mismo que yo, Blanca, en todo lo mismo. Sí, repuso Leandro con ardor; sí, solo como tú, sin familia como tú, y abandonado como tú. Abandonado si tú me abandonas; mas aun, perdido, desesperado, buscando la muerte si Blanca cesa de amar á Leandro.

—¡Oh! nunca, nunca, exclamó con presteza.

Pero luego se detuvo y apartó la mano que ya presentaba al artista: acababa de acordarse otra vez que no era su hermano.

—¡Ya no es mi hermano! dijo; y sus lágrimas corrieron nuevamente.

—¿Y qué soy yo para ti? ¿No eres mi hermana adoptiva? ¿No te he cuidado, amado y respetado como á una hermana? ¿No tengo derecho para llamarme hermano?

—Nunca olvidaré lo que te debo.

—¡Lo que me debes! ¡Oh Dios mio! repuso el jóven con dolor; ¿por qué no he guardado en el fondo de mi corazon este fatal secreto? ¡Todo lo que me debes!... ¡Cuánto daño me hacen tus palabras, Blanca!... No, no, yo soy quien todo lo debe á ti... ¿No soy artista yo por tus consejos, por tu cariño que me inspiraba y me ilustraba á la vez? Tanto conocia que te lo debia todo, que repetidas veces cuando sentia la necesidad de descansar, me decia á mí mismo: Trabaja, Leandro, ó serás un ingrato con tu hermana.

—¡Oh Leandro, Leandro! exclamó Blanca con efusion no pudiendo resistir á tanta generosidad; en tu noble corazon veo que eres mi hermano... Y sin embargo, añadió con tristeza, ya no puedo darte tan dulce nombre...

—¿Por qué, mi amada Blanca?

—Yo bien conozco que nuestro cariño no cambiará nunca; pero tambien me dice mi corazon que este cariño no tendrá el carácter de antes, porque ya no mediará entre nosotros el lazo indisoluble que une al hermano con la hermana. Ahora será el cariño de dos amigos, cariño que los sucesos pueden destruir sin que quede nada. Por eso desde que he oido tu revelacion, no veo en mi derredor mas que un vacio horrible: por eso me parece que me he quedado sola en el mundo.

—No estás sola ni lo estarás jamás; hay una voz que me dice que de nuestra desgracia comun saldrá la felicidad de entrámbos.

—No es posible, Leandro, no eres mi hermano ya; sin embargo, me infundes esperanzas de felicidad, puesto que me dices que podemos ser dichosos.

—Sí, ten esperanzas, repuso el artista con conviccion; pues ese nombre de hermano y de hermana que te parece tan suave y tan santo, como lo es en efecto, no es el único lazo que une de una manera indisoluble.

Blanca hizo un movimiento de curiosidad y se acercó á Leandro como para escuchar y comprender mejor.

Leandro por su parte se acercó á la jóven y continuó, pero con voz tan dulce, que esta se conmovió desde las primeras palabras.

—Escucha, dijo, existe en la familia un nombre tan sagrado y tan suave como el que nos hemos dado hasta ahora. Los que están unidos con ese nombre lo están para siempre; mas todavia, esa union es tan intima que no forman en cierto modo mas que una persona, aunque sean dos. Este nombre es el que sirve de origen á todos los demás en la familia; sin él no existirian el hermano y la hermana. Pero este nombre no le impone la ley, se dá libremente, el corazon le busca y le adivina, y una vez que le ha encontrado, la boca le pronuncia; entonces la ley le sanciona y le bendice la Iglesia. Si algun dia tu corazon adivinara este nombre, y si amándome siempre como me has amado y como yo te amo pensaras en mi, entonces alcanzaríamos la perfecta felicidad sobre la tierra, y sin embargo no seriamos ya hermano y hermana.

En este momento la voz del artista tenia acentos tan apasionados, que Blanca no pudo menos de levantar los ojos para mirarle; pero al punto bajó la vista, pues no podia soportar la mirada que él la dirijia.

Esta mirada tenia una expresion que ella no habia observado nunca, y todo el semblante de Leandro estaba en armonia con su mirada y con su voz.

Sin saber por qué la jóven temblaba y se ruborizaba; no tenia fuerzas ni para hablar ni para retirarse; se hallaba como sometida á una influencia magnética que la dominaba y la tenia inquieta delante de Leandro, aunque al mismo tiempo esa mirada, esa voz y esa expresion la infundian las mas lisonjeras esperanzas.

Leandro vió la turbacion de Blanca, y su corazon se llenó de júbilo; le parecia que sus dos almas se comprendian ya, aunque de una manera vaga aun.

Sin embargo la huérfana permanecia inmóvil sin atreverse á levantar la cabeza, cuando una voz conocida se oyó fuera.

—Soy yo, exclamó Francisca; ¿se puede subir?

Leandro respondió que sí, y luego preguntó á Blanca si no pensaba que era conveniente enterarla de la conversacion que habian tenido.

—¡Oh! no, respondió la jóven con presteza.

Blanca cedia á un sentimiento de amor propio al contestar así; pensaba que una vez instruida de aquel secreto que ella misma apenas conocia aun, todo el mundo iba á saber que no era la hermana de Leandro, que era una pobre huérfana sin familia, sin ningun recurso y á cargo enteramente del jóven que la habia recojido.

Pero de repente á estas ideas sucedieron otras dictadas por el sentimiento de su deber.

Blanca habia comprendido que si el hermano y la hermana podian vivir solos y sin testigos, era preciso alguno entre los dos jóvenes que carecian de todo parentesco; y así fué que con la misma presteza que habia rechazado la proposicion de Leandro, la acogió diciendo:

—Me engaño, sí, tienes razon; es conveniente que Francisca lo sepa todo. Mas aun, añadió con una timidez angélica mientras su frente se cubria de rubor, desearia que ya que tienes que salir, me hiciera compañia... y viviera con nosotros.

—La misma idea tenia yo; ya ves que en todo estamos acordes, hermanita.

Francisca entró y saludó como de costumbre, pero no pudo menos de hacer un movimiento de sorpresa al notar el aire preocupado que tenian los dos jóvenes. Su mirada iba de la huérfana al artista y vice versa, sin poder comprender lo que le pasaba.

—Veo vuestra sorpresa, dijo Leandro, y es muy natural; no tenemos costumbre de estar tan formales. Sentaos, os voy á dar una noticia que seguramente no esperais.

—¿No es mala al menos?

—No lo pienso... Hasta ahora habiais creido que Blanca era mi hermana...

—¡Y bien! interrumpió la criada con viva ansiedad.

—Pues no lo es.

—¡Dios mio! exclamó Francisca levantándose.

—No me interrumpais; la revelacion que os acabo de hacer es para vos no mas, al menos por ahora.

—¡Oh! en cuanto á eso podeis contar con mi discrecion.

—Sé que sois discreta y mi recomendacion era inútil, pero tengo otra cosa que pediros: desearia que esta noche hiciérais compañia á Blanca, pues que tengo que estar ausente un par de horas.

—Nada mas fácil, con mucho gusto, respondió Francisca; es preciso que vaya á ver á una pobre enferma, pero pasaré poco tiempo á su lado y estaré aquí á la hora convenida.

—Muy bien; cuando volvais hablareis con Blanca sobre una proposicion que quiero haceros. Desearianos que viviéseis con nosotros, como una persona de la familia.

—¡Oh! Gracias, gracias... seguramente, el cariño que os profeso, señorita...

A esta proposicion inesperada y que ponia el colmo á su felicidad, asegurándola una vejez tranquila, la infeliz criada se conmovió profundamente.

—¡Ay, Señor! exclamó Francisca juntando sus manos y con lágrimas en los ojos.

—Aceptais pues, es cosa convenida... Y ahora, ya que estamos de acuerdo, vamos á bajar juntos, Francisca: podeis ir á ver á vuestra enferma mientras yo me presento en el parque. Te dejamos sola, añadió dirijiéndose á Blanca; pero yo no tardaré en volver.

—No tardes, Leandro.

—Te lo prometo.

—Hasta luego, señorita, dijo la criada; ánimo, yo os aseguro que sereis dichosa.

—Hasta luego, respondió la jóven; cuidado con faltar.

(*Se continuará.*)

# VIAJE DE SIR EDMUNDO BRCOMLEY

EN BUSCA

# DE UNA TAZA DE TÉ.

(Continuacion.)

—¿Dónde está el *Pelicano?* pregunté á un soldado francés.

—Ya se ha marchado.

—¿Cuándo?

—Hace una hora.

—¡Hace una hora! ¿Vá para Marsella?

—No, señor, para Pe-tang.

—¿Cómo es eso?

—El capitan ha recibido órden de trasportar inmediatamente un destacamento de tropas al golfo de Petchili.

—¿Y mi taza? exclamé.

El soldado me miró sin comprenderme.

Salté á una barca con seis remeros é hice una señal que queria decir:

—Bajad el rio.

Prometiame yo que las dificultades de la navegacion del Yang-tse-Kiang entorpecerian la marcha del vapor, y que podria alcanzarle. Al ponerse el sol llegamos á la última aldea que se encuentra antes de tocar al mar. Un bote conducido por marinos ingleses se disponia á volver á Shang-hay.

—¿Habeis visto pasar al vapor el *Pelicano*? les pregunté.

Uno de ellos extendió el brazo hácia el horizonte: un punto negro coronado con una columna de humo se destacaba en el claro azul del cielo.

No me arrojé de cabeza al rio, lo que me dió una altísima idea de mi fuerza de alma.

Mis seis remeros me volvieron á llevar á Shang-hai.

El *Avestruz* salia dos dia despues para Pe-tang, y sin vacilar tomé en él un camarote. Es un buque muy ligero, y el viento favorece nuestra marcha; sin embargo, á mí se me figura que no se mueve y que el viento nos es contrario, tales son mis deseos de llegar á Petang.

© Biblioteca Nacional de España

## Delante de Peking.

Hemos llegado á Pe-tang el mismo dia en que hacian aquí su entrada los ejércitos aliados. El *Pelicano* habia salido la víspera para Hong-kong. Al saber esta noticia me caí desmayado. Lo primero que hice cuando recobré el conocimiento fué preguntar:

—¿Y volverá?

—Sí, me respondieron, estará aquí para fines de octubre con provisiones para el ejército expedicionario.

Tres meses de espera era demasiado, y resolví seguir á la columna inglesa. Compré un pequeño carruaje cerrado con un cielo cuyos ángulos estaban abarquillados, lo que le asemejaba á un pabellon chinesco ambulante, un caballejo vigoroso, aunque de mala facha, y una carabina.

Esta mañana 13 de octubre he llegado con mi cochecillo á las puertas de Peking; mi caballo está molido porque ha corrido mucho; mi carruaje cojea de la rueda izquierda, porque los caminos son detestables, y el cañon de mi carabina está un poco negro, porque al ver en Takou, en Tchang-ksa-uang y en Pali-kiao á mis valerosos compatriotas batiéndose en honor de la antigua Inglaterra, no he podido menos de dirijir algunos tiros á los chinos, aunque á decir verdad no lo hacia encolerizado.

Estoy aun delante de Peking con mi carruaje chino y mi caballejo, exactamente en el mismo lugar donde me hallaba el otro dia. Nuestros diplomáticos y nuestros generales no tienen mas que decir una palabra para que las puertas de la ciudad se abran á los diablos de Occidente: pero no parecen tener mucha prisa para hacer su entrada en la capital del Hijo del cielo. Quizá desearian hacer comprender á los señores chinos que los bárbaros de Occidente esperan sin mucha impaciencia el *momento en que les estará permitido contemplar* las magnificencias de la primera de las ciudades del primer imperio del mundo. Esta humillacion impuesta al amor propio del mas vanidoso de los pueblos seria de una buena política; pero es seguro que si les damos una buena leccion, nos cuesta alguna cosa, pues nuestra curiosidad es mas impaciente de lo que querian hacer creer á los mandarines. Por mi parte comienzo á exasperarme viéndome una semana al frente de una pared que oculta lo que durante toda la vida he tenido deseos de contemplar de cerca.

Mi caballejo es mas filósofo que yo; el gusto de estar descansando despues del penoso viaje que ha tenido que hacer le basta para ser dichoso, y se halla tan tranquilo delante de la puerta principal de Peking, como lo estaria un caballo de ómnibus delante *Temple-Bar*.

Mi carruage me sirve de salon, de comedor y de dormitorio; duermo lo mas posible para matar el tiempo.

Habriamos atravesado esa maldita muralla el mismo dia de nuestra llegada, si desgraciadamente no hubiésemos recibido la noticia de que á poca distancia de la ciudad se habian reunido diez mil tártaros en un campo rodeado de fortificaciones. Fueron á buscarlos; pero ellos no *esperaron á las tropas aliadas, y se dirijieron* hácia el palacio de verano del emperador, situado á unas cuatro millas al nordeste de Peking. En tanto que la division inglesa atravesaba lentamente un país cortado de mil canales, los franceses llegaban por un camino mas fácil á las primeras casas de la aldea de Yuen-ming-yuen, y dos compañías de infantería de marina desalojaban á los tártaros de la residencia imperial.

Yo llegué demasiado tarde á ese maravilloso palacio de Verano. Hoy los treinta pabellones que encerraban los inmensos tesoros acumulados allí por los emperadores se hallan reducidos á cenizas: lord Elgin los mandó incendiar pensando que esta fechoría asiática podria dar á los chinos una alta idea de los europeos. Pienso que el noble lord no se habrá engañado: seria muy triste que vanamente se hubiesen sacrificado tales preciosidades.

Es muy divertido oir hablar á los soldados en su pintoresco lenjuaje de las magnificencias del palacio de Yuen-ming-yuen. Esta mañana un ligero del regimiento número 101 las describia á un compañero que herido en Pa-li-kia habia tenido que permanecer en el hospitalillo, en tanto que los amigos marchaban adelante.

—Tú has visto sin duda, le decia, el palacio de Versalles que no es una casa rústica ¿no es verdad? Pues mira, al lado del palacio de Verano es menos que una choza. Primeramente unos jardines en que podrian bailar anchamente una contradanza Tullerías, Saint-Cloud, y el bosque de Boulogne; lagos en número infinito, rios con puentecillos que no querria yo tenerlos que contar. ¡Y las contrucciones! Era preciso verlas; todo de mármol blanco, como si la piedra de sillería no fuera buena para estos pícaros chinos; y los tejados, amigo mio, de oro, de plata y de esmeralda. Cuando los bañaba el sol era imposible mirarlos. En el interior mucho mas todavía; riquezas que harian temblar á los hombres millonarios; diamantes, rubíes y esmeraldas á celemines; sortijas, collares y brazaletes *que se habrian necesitado* muchos carros para sacarlos; vestidos de seda bordados de flores y ramajes para vestir á todo el universo. Añade á esto un monton de animales á cual mas horribles y grandes figuras que llaman ídolos, de oro, de plata y de bronce con caras espantosas. Habia allí dentro una estátua de un sujeto llamado Budha, que adoran estos paganos, casi tan alta como la columna Vendome, y toda de oro macizo. Te aseguro que ella sola valia mas que todas las charreteras de todos los oficiales del ejército francés; parece que los chinos no son miserables con los dioses. Ahí tienes, pobre amigo mio, lo que era el palacio de Verano. Cuando se ha visto eso, compañero, le queda á uno en los ojos para toda la vida como el resplandor de unos fuegos artificiales, y sabe uno algo mas que los amigos que no han salido nunca de la aldea sin contar que hemos tenido nuestra parte, lo que facilita el poder echar un trago.—Vivandera, dos copitas y del fuerte. ¡A la salud de S. M. el emperador de la China!

—¡Ah! lord Elgin, pensaba yo despues de haber oido este famoso discurso, si no fuera por el provecho que de ello ha sacado la civilizacion, me enfadaria porque habeis mandado quemar el palacio de Yuen-ming-yuen.

. . . . . .

*Ayer 24 de octubre de 1860, el embajador* de Su Majestad británica entró en Peking en una silla que llevaban á hombros diez y seis chinos vestidos de escarlata, escoltado por un escuadron de dragones de la reina, por un destacamento de jinetes sicks, otro de infantería india, y dos regimientos de infantería inglesa.

Yo cerraba la marcha montado en mi caballejo que habia enjaezado lo mejor posible, y que levantaba la cabeza con cierto airecillo triunfante, que seguramente era impropio de un caballo chino en semejante circunstancia. Al atravesar Pekin con la comitiva de un embajador inglés y en medio de tropas inglesas, sentí un noble y legítimo orgullo, como buen hijo que soy de la gran Bretaña.

La inmensa muchedumbre que se apiñaba en las calles nos contemplaba con mucha curiosidad y aun puedo decir que nos admiraba; no debian estar muy contentos los mandarines.

Lord Elgin fué recibido á la puerta del yamoun de los Ritos por el príncipe Kong, hermano del emperador rodeado de un crecido número de dignatarios, todos magníficamente vestidos.

Entró en el palacio donde debia firmarse el tratado *de paz, y como yo no tenia ningun título para ser admitido* en tan importante ceremonia, fuí á pasearme por la ciudad.

¡Ver Peking! ¿quién no se ha dicho esto alguna vez como una cosa imposible? Pues bien: yo estaba dentro de la ciudad famosa, extraña, inverosímil. Peking me pertenecia por algunos dias! todo Peking, la ciudad interior y la exterior, la ciudad sagrada y la ciudad imperial; la oficina de Longitudes, la Academia de medicina, la Biblioteca imperial, los palacios de los ministros, el palacio del Alto Tribunal, el de la Universidad, el de las Purificaciones, donde el Hijo del cielo vá á ayunar en la soledad, el palacio donde honra á su madre, el de los Interrogatorios imperiales, donde el primer dia de cada año convida á los príncipes, el palacio del Emperador y el de la Emperatriz, el gran monasterio de los Termas de la Mongolia, el templo de la Literatura, el de Todas las Dinastías, el templo de los Antepasados, el gran templo de Confucio, el Panteon de los hombres ilustres, el Observatorio de Koubilai, el fundador de Peking, el Gran Arco de triunfo erigido á la gloria de los ejércitos, el Campo Sagrado donde todos los años el emperador para fomentar la agricultura traza un surco delante del pueblo, *la Montaña de luz ó la santa y redonda Colina sobre* la cual se eleva la pagoda formada por tres torres colosales sobrepuestas, todo esto era mio.

En esta primera correría hecha al acaso, ví algunas de las maravillas que tan á menudo habia tratado de figurarme cuando en el invierno, al anochecer, solo en el gabinete de mi tio Toby, con los ojos clavados en la lumbre de la chimenea, pensaba en las cosas lejanas.

Pero ¡oh desengaño! Mi imaginacion habia desfigurado de un modo singular los edificios de Peking. Las magnificencias de la primera ciudad del imperio chino me parecieron bastante pobres.

Jamás cuando yo visitaba Peking con el pensamiento me habia sucedido llenarme de lodo en calles inmundas, ni estar á punto de caer á cada paso en pozos abiertos *en medio de la calzada, ni respirar miasmas infectos* procedentes de casas repugnantes y de montoness de inmundicias.

Los inconvenientes menudos de que está exento el Peking forjado por mi imaginacion, me causaron en el Peking de la realidad la mas desagradable sorpresa.

No queriendo hospedarme en una posada de la ciudad imperial, me fuí á dormir á mi carruaje, que estaba en la puerta An-ting.

Hoy el embajador francés, y las tropas francesas han hecho su entrada en Pekin y se ha firmado la paz en el palacio de los Ritos entre la Francia y el Celeste Imperio.

He vuelto á ver á mi buen amigo Bernard, con quien me he paseado toda la tarde, habiendo hablado mucho de M. Harrisson, y mucho mas aun de su preciosa hija.

Luego entramos en el mejor café de la calle del Reposo Perpétuo, donde nos sacaron té con pepitas secas de sandía. Los chinos mondan y comen la almendra de estas pepitas mientras están hablando, y nosotros hicimos lo mismo. Vendedores de pastelillos y de dulces vinieron á ofrecernos sus mercancías, que probamos para *conocer los productos de la pastelería y la confitería* chinas; todo se toma con el té, y quizá por esta razon esa bebida se estima tanto entre los chinos.

En Peking hay mucha aficion á la música, y el amo de un café recibe con gusto á los cantores y á los instrumentistas que entran á divertir á los consumidores. Una mujer en cuyo pálido rostro estaba pintada una profunda expresion de melancolía nos cantó una romanza que bien duraria un cuarto de hora. Era un canto lastimero de un compás muy lento y entrecortado de gritos que nos desgarraban los oidos; cuanto mas desafinaba mas se enorgullecia aquella mujer con su talento; prolongaba las notas echando la cabeza hácia atrás y cerrando los ojos como sumerjida en un éxtasis voluptuoso.

Los oyentes parecian entusiasmados; todo eran sonrisas, gestos y murmullos de admiracion los mas cómicos del mundo. Cuando se acabó la cancion una niña se fué acercando á las mesas con el abanico abierto que en breve se llenó de monedas. La niña, contentísima con su recaudacion, se la mostró á su madre y la cantora, despues de saludar con mucha gracia, salió llevándose á la china de la mano.

Un cuarto de hora mas tarde entró otra mujer en el café, y á su aparicion los aficionados hicieron un movimiento muy marcado de curiosidad acompañado de cuchicheos. La mujer se colocó en medio de la sala. Cuando ví claramente su rostro alumbrado de lleno por un farol que colgaba del techo, no pude contener una exclamacion:

—¿Qué teneis? me preguntó M. Bernard.

—¿No reconoceis á esa mujer? le dije.

—Sí, en efecto, creo recordar sus facciones... pero no, es imposible.

—Es ella, os lo aseguro.

—¿Y cómo se puede encontrar en Peking y en un estado tan miserable?

—No lo comprendo; pero de todos modos, no me engaño; es ella, tan seguro como soy yo Edmundo Broomley.

El amo del café servia en aquel momento á un oficial inglés que estaba sentado delante de la mesa mas próxima á nosotros; yo sabia que este oficial hablaba un poco el chino.

—Caballero, le dije, ¿tendriais la bondad de preguntar al amo si la cantora que acaba de entrar hace mucho que está en Pekin?

El oficial hizo lo que yo deseaba.

—Esta mujer, respondió el dueño del establecimiento, *era la querida de un pirata ahorcado en Shang-hai* hace tres ó cuatro meses, que ha sido vendida en subasta pública á un viejo mandarin muy avaro que hace mes y medio recibió la órden de venir aquí. Apenas hubo llegado murió dejando á la pobre esclava sin recursos, y ella canta para ganar su vida.

—Ya veis que no me habia engañado, dije yo á mi amigo.

Entre tanto la jóven *habia templado su guitarra* de dos cuerdas y estaba preludiando, continuaba siendo una mujer de prodigiosa hermosura; únicamente sus mejillas estaban un poco hundidas, y la expresion de su rostro era mas feroz aun que cuando yo la habia visto por primera vez aquella noche memorable en que estuve á punto de bajar al fondo del mar Amarillo con una bala de 24 atada á los piés.

Cantó con una especie de energía febril una cancion de un compás precipitado en que exhalaba sus quejas por haber pertenecido á un viejo mandarin.

Despues de la primera coplilla la cantora fijó por casualidad los ojos en nosotros; una expresion de profunda sorpresa se pintó en sus facciones, pero al instante recobró el imperio de sí misma y continuó cantando con voz *firme; únicamente observé que no quitaba sus ojos* de M. Bernard.

Cuando hubo concluido salió precipitadamente sin esperar los aplausos y sin recojer las ofrendas de los oyentes; este modo de obrar tan inexplicable dió lugar á conversaciones muy animadas.

No tardamos en salir del café. Apenas habiamos dado algunos pasos, cuando nos encontramos con la cantora, que clavó otra vez su mirada en Bernard con una expresion indecible, y luego atravesando la calle se perdió en las tinieblas.

. . . . . .

En la tarde de ayer fuimos á visitar una pagoda muy venerada de los fieles budhistas y situada á poca distancia de los muros de Pekin en un lugar sumamente pintoresco: *una escalera cortada en el flanco* de la colina donde está edificada, conduce á ella á través de enormes peñascos y de árboles de una vigorosa vegetacion. En el momento en que llegamos al santuario estaba poniéndose el sol. Largo rato permanecimos allí entregados á meditaciones religiosas y poéticas, y cuando salimos de la pagoda ya brillaba la luz de la luna. Yo caminaba delante, y al llegar á eso de la mitad de la escalera, Bernard lanzó un *grito terrible*... Me volví y le recibí en mis brazos.

—¡Herido! murmuró, ¡herido por la espalda!

Le habian dado una puñalada entre los dos hombros.

—Sí, muero, me dijo, os suplico entregueis esto á miss Mary.

Y me mostraba un medallon que llevaba al cuello.

Yo miré en derredor de nosotros y no pude descubrir á nadie.

De repente, á unos cien pasos, resonó una exclamacion de triunfo y de alegría salvaje, y por detrás de un peñasco asomó la querida del pirata que alzó su puñal sobre su cabeza alumbrada por un rayo de luna y desapareció.

Quise, perseguirla, pero un ¡ay! de mi pobre amigo me *detuvo.*

Algunos instantes despues pasaron unos peregrinos que me ayudaron á levantar el herido y le trasportamos á la casa de uno de los sacerdotes de la pagoda.

Durante tres dias y tres noches mi pobre amigo ha sido presa de una fuerte calentura con un delirio incesante. El nombre de miss Mary se escapaba á menudo de sus labios, y la voz del herido rebosaba entonces tanta suavidad y ternura, que si la jóven hubiese oido pronunciar su nombre de aquella manera, su corazon se habria quebrantado de dolor y de júbilo al mismo tiempo; el buen M. Harrisson se habria conmovido igualmente, y estoy seguro que habria tomado llorando la mano de

© Biblioteca Nacional de España

su querida hija para enlazarla con la de su futuro.

Esta mañana la fiebre se calmó así como el delirio. El doctor—un médico de la marina francesa—cree poder responder de la vida del enfermo. El sacerdote que nos dá la hospitalidad es un excelente sujeto; cuida á M. Bernard con un celo que honraria á cualquiera, y mientras prepara las bebidas recetadas por el facultativo, murmura oraciones á Budha, con la mejor intencion del mundo.

El mandarin encargado de la policia ha tenido noticia del atentado cometido contra M. Bernad; parece ser que oyó la relacion del crimen con todas la señales de una verdadera desesperacion, y que juró por lo mas sagrado que seria vengado muy en breve «el ilustre jóven francés.» Yo no creo ni en la desesperacion ni en el poderío del Hijo del Cielo, y no tengo fé en la justicia china cuando lo victima es un extranjero.

. . . . . .

Ayer hizo quince dias que fué herido M. Bernard, y hace una semana que se halla en plena convalecencia. Esta mañana dimos un pascito por el arrabal principal de Pekin. Dudo que halla un espectáculo mas variado, mas curioso y mas singular que el que presenta una ciudad china populosa, activa y llena de negocios; no hay preocupacion de que no arranque momentáneamente al espiritu, ni meditacion que no turbe, ni melancolía que no disipe. El que habiéndose librado de la muerte se encuentra de repente en medio de ese movimiento, de ese ruido, de esa muchedumbre que dá mil vueltas, que se rie, grita y gesticula, siente mejor aun el placer de vivir; tal es en su derredor la abundancia de vida, todo lo que veia, todo lo que oia, producia en mi jóven amigo una especie de alegria infantil que no podia describirse. No se cansaba de contemplar el múltiple cuadro que formaban los barberos afeitando á sus parroquianos en medio de la calle, los vendedores de pesca, verduras y frutas que detenian á los transeuntes para ponderarles su mercancía, los muchachos jugando por el suelo algun juego chino que nosotros no comprendíamos, los gruesos mandarines con glóbulos de todos colores murmurando contra el populacho que no se apresura á dejar puesto para que pasara su majestuosa y oficial persona; los fumadores de opio, que con la cabeza trémula, el ojo apagado y las facciones lividas entraban con paso vacilante en la tienda adonde iban á entregarse á una embriaguez voluptuosa; los mandaderos, los artesanos y los bachilleres pobres que devoraban con formidable apetito los manjares demasiado olorosos de algun figon al aire libre, los jugadores de manos que maravillan á sus espectadores con sus suertes. Además, escuchaba con éxtasis la charlatanería de las criadas comprando las comidas de sus amos; las disputas de dos mozos de palanquin que se daban un tropezon solemne, y no queriau retroceder ni el uno ni el otro: la facundia de los empíricos ensalzando su panacea, y los gritos de júbilo de los muchachos que hacian subir por los aires una cometa en forma de pez, de dragon ó de pájaro. En fin, hasta la discordante voz de los cantores de coplas parecia hechizarle, y un horroroso cuarteto de guitarra, yukam, tatong y sam-sin, le causó un placer extraordinario. Temiendo que tantas y tan diversas impresiones no le cansaran, insistí para que volviese á tomar en mi compañía el camino de la hospitalaria morada del buen sacerdote de Budha.

Si tuviera yo algun tanto de imaginacion, probablemente estaria escribiendo ahora una novela de costumbres chinas que haria las delicias de los salones de Lóndres y de Paris el año próximo. Casi habiamos llegado al pié del cerro de la pagoda, cuando al pasar por delante de una linda casa adornada de hermosos árboles, presenciamos involuntariamente una escena que nos llamó la atencion en alto grado. En un aposento del piso bajo cuya ventana estaba abierta, una mujer magníficamente vestida, de facciones nobles é imperiosas, alargaba un bolsillo á una jóven, que arrodillada y con el rostro bañado en llanto parecia vacilar en tomarle, mientras un hombre de semblante acentuado tiraba del brazo á la señora, y pronunciaba palabras á las cuales ella no respondia sino con una mirada soberanamente desdeñosa.

*(Se continuará.)*

El lunes 6 del que rige tuvo lugar en el teatro Principal una funcion extraordinaria, á beneficio de la viuda y huérfanos del malogrado maestro de primera enseñanza de Ruzafa, el cual, como es sabido, pereció víctima del desplomamiento de su escuela, así como algunos niños mas, á quienes no logró salvar su abnegacion. Este beneficio fué promovido por los profesores públicos de esta capital, los cuales hallaron desde luego una franca y decidida proteccion para su proyecto en las superiores autoridades, tanto de la provincia como de la localidad, y una cooperacion cordial en la empresa del teatro y en el Sr. Valero, director de la compañía dramática que hoy en él actúa.

El resultado fué, como no podia menos de ser, cumplidamente satisfactorio, y el filantrópico pensamiento de los Sres. profesores halló en el público una acojida tal como aquellos pudieron prometerse.

Para la funcion de aquella noche escojió el Sr. Valero el célebre drama de nuestro inmortal Lope de Vega, que lleva por título: *La Estrella de Sevilla*, mas conocido con el de *Sancho Ortiz de las Roelas*, que en su primera refundicion le dió D. Cándido María Trigueros. Ahora ha vuelto á ser de nuevo refundido por el insigne literato D. Juan Eugenio Hartzenbusch, con el objeto de que fuese ejecutado por el ya citado artista.

*La Estrella de Sevilla* es sin duda una de las mejores producciones de Lope, porque, fuera de que su argumento es altamente dramático, abunda en magníficas escenas, y pinta muy al vivo las costumbres españolas de una época donde existia una verdadera exajeracion de lealtad y de obediencia al soberano. Los extractos y las traducciones que publicó Lord Holland de esta comedia en su *Vida de Lope de Vega*, dieron ocasion á que con el mismo título escribiese el baron de Zedlitz un drama en aleman, que fué representado en diversos teatros de aquellos paises. El erudito Mr. Ticknor, en su excelente *Historia de la literatura española*, superiormente traducida al castellano por los Sres. Gayangos y Védia, opina que el desenlace de la *Estrella de Sevilla* es muy superior al de la tragedia *El Cid* de Pedro Corneille, y nosotros creemos que tiene razon.

La obra fué ejecutada con toda la inteligencia con que acostumbra á hacerlo el Sr. Valero, y la Sra. Cairon cumplió con lo que exije de ella su buena fama. Los demás actores ayudaron al éxito en sus respectivos papeles.

Despues de esta, se ha puesto por segunda vez en escena el drama *Deudas de la honra*, original de D. Gaspar Nuñez de Arce, y que fué muy aplaudido en su primera representacion. Como entonces no nos fué posible ocuparnos de él, vamos hoy á hacerlo, siquiera sea brevemente.

Un magistrado, persona respetada y rica además, tiene una hija única, á la que la muerte habia privado, niña aun, de los vigilantes cuidados de su madre. Fué amada de un jóven, correspondió á su amor, pero faltándole el consejo y la presencia de la que le habia dado el ser, sucumbió y fué madre, sin que el magistrado se apercibiese siquiera de tales relaciones. El jóven, causa de aquella falta, no solo comenzó á poco á enfriarse en su cariño y á rechazar la idea de un enlace, por él tantas veces antes prometido, sino tambien á tratar con manifiesto despego y hasta grosería á su víctima, dando á esta á entender que la suponia de acuerdo con otro jóven su amigo, y que á fuer de tal visitaba aquella casa. Este último tiene que partir precipitadamente con noticias de hallarse su madre moribunda; pero en tanto el padre, que sorprende siempre lágrimas en su hija, que la observa triste y abstraida, sospecha por primera vez, y encerrándose con ella la fuerza á que le revele su secreto, cosa que ella hace, si bien por entonces le oculta el nombre del amante, quien, engañado ó sagaz, hace que aquellas sospechas del magistrado recaigan sobre el jóven ausente.

Presto vuelve este; su madre ha muerto depositando en el corazon del hijo un secreto terrible, que un deber de honor le fuerza á descubrir al anciano, á quien pide una entrevista á solas. No la desea este menos, porque ansia por echarle en cara su supuesta traicion; pero ¡cuál es su asombro al verse acusado á su vez por el huérfano, que viene á pedirle cuenta de su honra! Su madre, en efecto, le ha revelado al morir que aquel respetable y rico magistrado la engañó vilmente en su juventud, y que él fué el fruto de aquella perfidia, consumada la cual abandonó á ámbos dejándolos sumidos en la miseria. El anciano se extremece; vé que la Providencia le castiga en su propia hija, y comprendiendo al fin cual es el hombre que ha labrado su deshonra lo insulta, lo desafía: el hijo, que tambien tiene agravios que vengar, se lanza entre ámbos y quiere ser el primero, pero el seductor inflexible, al escuchar que se le propone una reparacion por medio del casamiento, se niega diciendo que la mujer que una vez ha faltado á sus deberes es muy de temer que falte otras cien; palabras que ponen el colmo al furor de ámbos. La hija, que ha acudido á los gritos y que oye la maldicion de su padre, cae desplomada.

Una vez llegado el interés hasta este punto, fuerza es que no pueda sostenerse y decaiga; que es el defecto mas comun que observamos en las composiciones dramáticas. Así sucede aquí: el acto tercero consiste solo en que el seductor, que ha escuchado tras de una puerta la revelacion del secreto del padre, se dá por convencido, pide perdon y lo obtiene, concluyendo el drama con otro perdon; el del hijo, que al cabo consiente en olvidar la que podemos llamar infame conducta de su padre.

No pueden negarse á este drama situaciones de grande efecto, especialmente las del segundo acto, y escenas muy bien escritas, como casi todas aquellas en que toman parte el hijo y el padre; pero el carácter del amante ofrece un escepticismo, una frialdad de alma, una dureza de sentimientos que repugnan. La vuelta á su amante, que sirve de desenlace, no se explica, porque no han sido los celos la causa del abandono, sino el hastío; los celos no se expresan nunca por la tibieza. Tampoco se comprende cómo el padre parece haber olvidado de todo punto las graves faltas de su juventud, hasta el extremo de cojerle casi de nuevas la revelacion del hijo; porque eso se esplicaria hasta cierto punto en uno de esos calaveras disipados y de alma empedernida que encanecen en los vicios, pero no en un hombre de su posicion, de su severidad de principios y de su buena fama.

Los caractéres de los dos hijos nos parecen sin duda los mejores: quisiéramos, sin embargo, ver siempre en el de la jóven la dignidad que solo á veces muestra.

Muchos hijos de salto de mata vemos en este drama, y todos en una misma familia. Para la moral, no decimos dos, sino aun uno solo sobraria. Sabemos que existen flaquezas de cierto género en la sociedad, pero es conveniente ser muy sóbrios en esto de presentarlas al público; porque aunque las personas que caen en ellas sean desgraciadas, su desgracia misma despierta el interés, y el corazon humano es tal, que á trueque de interesar, hasta fuera á veces capaz de transigir con aquellas flaquezas.

Esta duplicidad de faltas de la misma especie constituye aquí además un defecto literario, porque nos dá dos situaciones idénticas en otros tantos personajes del drama.

Admirable en él está el Sr. Valero, y así se lo mostraron los estrepitosos aplausos que ha alcanzado en las noches en que lo ha puesto en escena. Buena parte de ellos tocó á la Sra. Cairon y al jóven Sr. Vico, que dijo sus escenas con notable sentimiento y expresion. A estos y á los demás los felicitamos por el desempeño de sus respectivos papeles.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

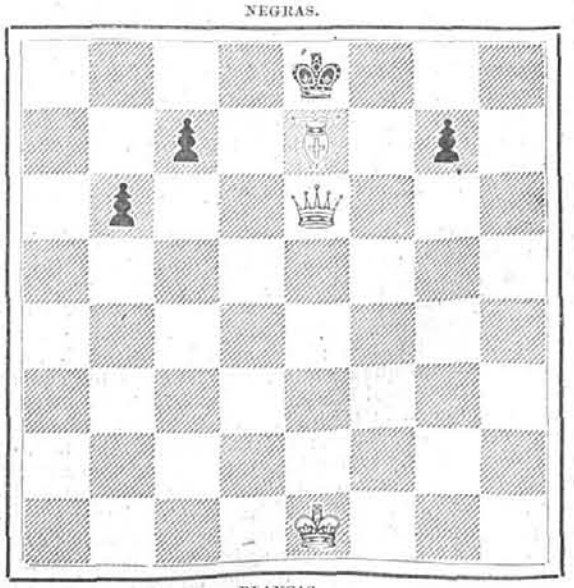
## PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION DEL N.º 12.

| 1 C 5ª R jaq. | 2 A 7ª Rª | 3 A 5.ª AR jaq. descub. |
|---|---|---|
| R 4ª R | R 5ª Rª | mate. |

PROBLEMA N.º 13, POR HERR KLING.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en 6 jugadas, no jugando mas que el *alfil*.

**Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesorería ó del Giro Mutuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.**

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1863.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España